

VOLVER

ALEJO GANDINO



Volver

Volver Alejo Gandino

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Título original: Volver

Edición original autopublicada 2019

Producción: Sofía Polignano

Diseño de cubierta: Alejo Gandino

Primera edición digital 2019

Copyright © 2019 Alejo Gandino

Todos los derechos reservados.

Comunícate con el autor

Sitio web: <http://www.alejogandino.com.ar>

Facebook: <https://www.facebook.com/alejogandino/>

Instagram: <https://www.instagram.com/alejo.gandino>

Twitter: <https://twitter.com/alejogandino>

A Sofía Polignano, lectora desde la primera hora.

*Tengo miedo del encuentro
Con el pasado que vuelve
A enfrentarse con mi vida.*

Carlos Gardel

Antes de Volver

Buenos Aires, 9 de mayo de 2017

Tomás llegó a su cita media hora antes. Caminó por la cuadra hasta identificar la puerta del consultorio. Luego cruzó a tomar un café mientras se hacía su hora. Estaba nervioso y un poco desorientado. *¿De que hablaría? ¿Qué se esperaría que dijera? Estoy convencido de haber sido involucrado injustamente en un malentendido.*

Lógicamente había preparado respuestas comunes a preguntas clásicas que cualquier terapeuta formularía. El psicólogo se daría cuenta desde un primer momento que nada malo había en él. Sólo así Paula podría aceptar que cumplir con el trabajo y organizar las vacaciones forma parte de la vida de la gente común; tal como él, alguien común.

Estuvimos en Aruba hace dos veranos y la pasamos muy bien, no creí que mi idea de volver sería tan traumática. Para Tomás, era Paula quien debía superar una cosmovisión adolescente y asumir sus edades. En ese sentido, concurrir a terapia era un paso para que entendiera que el problema no era él.

Luego de identificarse con una mujer a través del portero accedió al edificio. Quince minutos después se encontraba sentado frente a Rolando. Su flamante terapeuta era un hombre de unos cincuenta años.

Tenía un andar lento y distraído que hizo pensar a Tomás que sería muy fácil conseguir el alta.

El consultorio era una sala rectangular de amplias dimensiones. Contaba con dos ventanales altos opuestos a la única puerta de ingreso. El mobiliario estaba constituido por un par de sillones marrones junto a la puerta, donde por ser la primera charla no se sentarían, un escritorio con tres sillas, detrás éste un fichero metálico y algunas estanterías con libros. Sobre los laterales colgaban fotografías gigantes acromáticas de ciudades.

—Chicago, 1954. Excelente encuadre. Me parece interesante cómo el fotógrafo capturó la bruma del puerto. Es el juicio de alguien que no puede hacer ni una captura que no resulte en una imagen movida. ¿Te gusta viajar o tomar fotografías? —preguntó Rolando al descubrirlo con la mirada perdida en una de las imágenes.

Tomás se volvió hacia él y tomó asiento junto al escritorio.

—Tampoco es lo mío la cámara. Si tengo que elegir prefiero viajar, siempre que podemos lo hacemos.

—Es muy real eso que dices. No siempre hacemos lo que queremos, sino lo que podemos —Tomás permaneció en silencio—. ¿Qué te impide viajar con mayor frecuencia? ¿El trabajo o la rutina?

Rolando buscó una hoja en blanco en su libreta y tomó las primeras notas. Tomás estaba desconcertado; su intención no era tocar ese tema en principio, hasta no descifrar a Rolando. Si no tenía cuidado, en minutos se encontraría debatiendo sobre aquello que disparó la crisis. De hecho, una de las más fuertes e injustas acusaciones de Paula había sido el supeditar su proyecto de vida a la rutina y al trabajo. Si

no hubiese sido que él mismo contactó a Rolando, sospecharía que estaba influenciado por las ideas de Paula.

—Afortunadamente la rutina y el trabajo no suelen ser un problema para viajar —respondió tratando de esquivar el tema momentáneamente para promover alguno de los que había preparado.

—¿Cómo es eso?

—¿Cómo es qué? —preguntó Tomás, inquieto por Rolando que escribía en su libreta algo que no llegaba a leer —. ¿Ya comenzamos con la sesión?

Rolando miró un reloj sobre su escritorio y lo volteó para que Tomás lo vea.

—Comenzamos hace exactamente seis minutos —indicó—. Respecto a lo que hablábamos, leí alguna encuesta que hablaba de que el noventa y nueve por ciento de la población mundial vive en condiciones de pseudo esclavitud a causa del capitalismo. Si bien podemos aceptar que muchas veces las estadísticas no son fiables, tengo la intuición de que un altísimo porcentaje vive bajo esas condiciones. ¿Cómo es que escapas a las restricciones que la rutina y el trabajo imponen?

Tomás suspiró. No sería tan fácil convencer a Rolando de que no necesitaba esa terapia.

—No es eso. Quizás no me expreso bien —respondió desdiciéndose para intentar dar una respuesta que lo dejara mejor parado—. El trabajo, según entiendo, es un medio para vivir plenamente.

Rolando se quedó en silencio unos minutos, que para Tomás fue una eternidad.

—Bien, y ¿de qué querías hablar? —volvió a preguntar.

¿De qué quería hablar? Realmente de nada, o mejor, querría decir que estoy acá por una estúpida discusión hogareña. Que vengo a demostrar que yo soy el cuerdo y Paula la equivocada. Podría hablar de que en realidad me gustaría irme y no volver nunca más a esta estúpida oficina, a hablar con alguien que me escucha porque le pago la consulta.

—Esta consulta está motivada por algunos problemas que surgieron en la pareja —respondió Tomás acomodándose en la silla.

Rolando sólo lo observaba, esperando el resto de la historia. Tomás comprendió la dinámica de terapia que proponía el psicólogo y relató su versión de los hechos, desde la perspectiva más favorable para su interés: ser dado de alta. Rolando apenas repreguntaba sobre algo que él lanzaba, era clara su intención de escuchar más que de indagar. Eso le infundió tranquilidad y confianza.

Ese primer día se marchó del consultorio sintiendo que había logrado su objetivo. Rolando había aceptado su versión de los hechos y en pocas sesiones más seguramente ya podría dejar de asistir, pensaba Tomás. De todas maneras, aquella experiencia de psicoanálisis no había sido tan desagradable, descontando el comienzo cuando su plan casi fue desbaratado. Si no hubiera sido tan orgulloso lo habría reconocido, y hasta agradecido a Paula por impulsarlo a buscar “ayuda profesional”.

Por suerte encontró a Paula en casa para poder mostrarse regio frente a ella. Entró con aire indiferente, creyendo parecer interesante, pero ella siempre ganaba en estos juegos. Nunca mordía el anzuelo ni preguntaba qué sucedía que actuaba así. Tomás

terminaba haciéndose en voz alta las preguntas que deseaba escuchar de ella. *Quizás me falta paciencia para sostener la intriga*, se decía cada vez que fracasaba en su juego. Se encontró en ese mismo instante pensando que sería un buen tema para charlar con Rolando la próxima semana, y esta idea lo sorprendió.

—¿Qué tal tu día? —preguntó tratando de llamar la atención, pero Paula apenas levantó unos segundos la vista de su laptop para responderle—. ¿Llegaste hace mucho?

—No llegué. Trabajé toda la tarde en casa con los módulos que te comenté —respondió ella cerrando la laptop, entendiendo que Tomás había regresado con ganas de hablar. Cuando esto sucedía era imposible concentrarse en otra cosa— y estoy muerta de hambre.

—Aunque no lo preguntes y te parezca intenso te cuento: acabo de volver de la terapia a la que se te ocurrió que vaya.

—No te mandé nunca a esa terapia, cuanto mucho hice una sugerencia —le espetó Paula—. Se trata de tu vida y de las cosas que tienes que resolver. Es muy sencillo.

Lo que ella decía era real, y Tomás lo sabía por más que fingiera. Operando en las profundidades de su inconsciente una voz coincidía con algunos puntos de vista de Paula, pero no aceptaba por completo que la terapia fuera para hablar de él. Tomás quería convencerse de que todo ese psicoanálisis era un ardid para convencerla de que él no era quien ella veía, o mejor dicho, que era el mismo de siempre. No sentía que había cambiado, no al menos en los términos negativos en que Paula se lo planteaba. Pe-

ro sí lo había hecho. De todas maneras, Paula no era quién para juzgar si su cambio era bueno o malo. En todo caso, ella debería ocuparse de su propia forma de ser, y cuanto mucho de procesar a su manera cómo le afectaba el supuesto cambio. Aun así, suponiendo que ella tuviera razón, y que él efectivamente hubiese cambiado, ¿por qué debería aceptar la visión de Paula de que su cambio era negativo? ¿Sólo para estar con ella? No era justo, pero al mismo tiempo Tomás sentía que ella era la misma de siempre, no había cambiado. Era la misma mujer de la que se enamoró hacía ya diez años. Si él había cambiado, entonces él era un problema en la pareja, de cierto modo, culpable de introducir ruidos que no existían cuando se conocieron.

—Es cierto, el problema soy yo.

—Por favor, no te victimices —suplicó Paula apenada por el reconocimiento de Tomás, quien no pudo evitar largar una carcajada—. ¿Querrás cocinar algo?

—No me queda otra opción —respondió desprendiendo un imán de la heladera y marcando al delivery—. Y ni se te ocurra preguntarme por la terapia, porque no pienso contarte nada.

—Habrás hablado de mí todo el tiempo, ya lo imagino. ¿De quién más?—continuó ella en el mismo tono risueño.

—Jamás lo sabrás.

Iguazú, 2 de julio de 2017

Llegar a Iguazú por medio de un transporte no convencional, dicho de otro modo, viajando a dedo, fue el primer gran error de este viaje. Recordaré no dejarme llevar por arrebatos irracionales. Tendría que haber tomado al menos un colectivo de larga distancia y evitarme el frío, la lluvia y el viento. Estar tan cerca de las Cataratas de Iguazú y no poder visitarlas es frustrante. Estoy condicionado por Gustavo que debe trasladarme hasta su casa en Foz de Iguazú, donde me hospedaré hasta la fecha del viaje. Buscar la libertad de la que Víctor hablaba, paradójicamente me encuentra supeditado a los tiempos de Gustavo. Cuanto más me alejo de Buenos Aires, mayores son las dudas sobre si este viaje me dará las respuestas que dos meses de terapia no pudieron darme.